

D. ANDRÉS QUINTANA ROO.



«¿Qué sirvió en los *Dolores* vil cortijo,  
Que el aleve pastor el grito diera  
De libertad, que dócil repitiera  
La insana chusma con afán prolijo?  
Su valor inexperto,  
De sacrílega audacia estimulado,  
Á nuestra vista yerto  
En el campo quedó y escarmentado,  
Su criminal caudillo,  
Rindió ya el cuello al vengador cuchillo.»

«Cual al romper las pléyadas lluviosas  
El seno de las nubes encendidas,  
Del mar las olas antes adormidas  
Súbite el austro altera tempestosas;  
De la caterva osada  
Así los restos nuestra voz espanta,  
Que resuena indignada  
Y recuerda, si altiva se levanta,  
El respeto profundo  
Que inspiró de Vespuccio al rico mundo.»

«¡Ay del que hoy más los sediciosos labios,  
De libertad al nombre lisonjero  
Abriese, pretextando novelero  
Mentidos males, fútiles agravios!  
Del cadalso oprobioso  
Veloz descenderá á la tumba fría,  
Y ejemplar provechoso  
Al rebelde será, que en su porfia  
Desconociere el yugo  
Que al invicto español echarle plugo.»

Así los hijos de Vandalia ruda  
Fieros clamaron cuando el héroe augusto  
Cedió de la fortuna el golpe injusto;  
Y el brazo fuerte que la empresa escuda  
Faltando á sus campeones,  
Del terror y la muerte precedidos,  
Ferozes escuadrones  
Talan impunes campos florecidos,  
Y al desierto sombrío

Consagran de la paz el nombre pío.

No será empero que el benigno cielo,  
Cómplice fácil de opresión sangrienta,  
Niegue á la patria en tan cruel tormenta  
Una tierna mirada de consuelo.

Ante el trono clemente,  
Sin cesar sube el encendido ruego,  
El quejido doliente  
De aquel prelado, que inflamado en fuego  
De caridad divina

La América indefensa patrocina.

«Padre amoroso, dice, que á tu hechura,  
Como el don más sublime concediste,  
La noble libertad con que quisiste  
De tu gloria ensalzarla hasta la altura,  
¿No ves á un orbe entero  
Gemir, privado de excelencia tanta,  
Bajo el dominio fiero  
Del execrable pueblo que decanta  
Asesinando al hombre,  
Dar honor á tu excelso y dulce nombre?»

«¡Cuánto ¡ay! en su maldad ya se gozara  
Cuando por permisión inescrutable,  
De tan justo decreto y adorable  
De sangre en la conquista se bañara,  
Sacrílego arbolando  
La enseña de tu Cruz en burla impía,  
Cuando más profanando  
Su religión con negra hipocresía,  
Para gloria del cielo  
Cubrió de excesos el indiano suelo!»

«De entonces su poder, ¡cómo ha pasado  
Sobre el inerme pueblo! ¡Qué de horrores,  
Creciendo siempre en crímenes mayores,  
El primero á tu vista han aumentado!  
La astucia seductora  
En auxilio han unido á su violencia:  
Moral corrompedora  
Predican con su bárbara insolencia,



Y por divinas leyes  
Proclaman los caprichos de sus reyes.»

«Allí se ve con asombroso espanto  
Cual traición castigado el patriotismo,  
En delito erigido el heroísmo  
Que al hombre eleva y engrandece tanto.  
¿Qué más? En duda horrenda  
Se consulta el oráculo sagrado  
Por saber si la prenda  
De la razón al indio se ha otorgado,  
Y mientras Roma calla,  
Entre las bestias confundido se halla.»

«¿Y qué, cuando llegado se creía  
De redención el suspirado instante,  
Permites, justo Dios, que ufana cante  
Nuevos triunfos la odiosa tiranía?  
El adalid primero,  
El generoso Hidalgo ha perecido:  
El término postrero  
Ver no le fué de la obra concedido;  
Mas otros campeones  
Suscita que rediman las naciones.»

Dijo, y Morelos siente enardecido  
El noble pecho en belicoso aliento;  
La victoria en su enseña toma asiento  
Y su ejemplo de mil se ve seguido.  
La sangre difundida  
De los héroes su número recrece,  
Como tal vez herida  
De la segur, la encina reverdece,  
Y más vigor recibe  
Y con más pompa y más verdor revive.

Mas ¿quién de la alabanza el premio digno  
Con títulos supremos arrebató,  
Y el laurel más glorioso á su sien ata,  
Guerrero invicto, vencedor benigno?  
El que en Iguala dijo:  
¡Libre la patria sea! y fúelo luego  
Que el estrago prolijo

Atajó, y de la guerra el voraz fuego,  
Y con dulce clemencia  
En el trono asentó la Independencia,  
¡Himnos sin fin á su indeleble gloria!  
Honor eterno á los varones claros  
Que el camino supieron prepararos,  
¡Oh Itúrbide inmortal! á la victoria.  
Sus nombres antes fueron  
Cubiertos de luz pura, esplendorosa;  
Mas nuestros ojos vieron  
Brillar el tuyo como en noche hermosa,  
Entre estrellas sin cuento  
Á la luna en el alto firmamento.  
¡Sombras ilustres, que con cruento riego  
De libertad la planta fecundasteis,  
Y sus frutos dulcísimos legasteis  
Al suelo patrio, ardiente en sacro fuego!  
Recibid hoy benignas,  
De su fiel gratitud prendas sinceras  
En alabanzas dignas  
Más que el mármol y el bronce duraderas,  
Con que vuestra memoria  
Coloca en el alcázar de la gloria.